

LOS MEJORES CUENTOS DE
ÁNGELES Y DEMONIOS

PRIMEROS CAPÍTULO PROMOCIONALES

Autores Varios

LOS MEJORES CUENTOS DE
**ÁNGELES y
DEMONIOS**



Colección
LOS MEJORES CUENTOS DE...

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos de Traducción: Mestas Ediciones, S.L.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Imagen de cubierta bajo licencia Shutterstock
Autor: [Lena_graphics](#)

Primera edición: *Septiembre, 2019*
Segunda edición: *Diciembre, 2023*

ISBN: 978-84-17782-37-5
Depósito legal: M-25162-2019
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

El libro que tienes en tus manos no es una obra religiosa, es una representación literaria, creada por autores mundialmente reconocidos, de la sempiterna lucha entre el bien y el mal, entre lo justo y lo inaceptable, entre lo correcto y lo erróneo. Una disputa que está grabada a fuego en nuestros corazones en las figuras de los ángeles y los demonios. Los primeros simbolizan el amor, la bondad y el altruismo; los segundos, el odio, el terror y la ira. Mientras que los seres malignos se presentan ante la humanidad con infinitas (y malévolas) caras y un baúl lleno de trucos para hacernos caer en la tentación, los seres angelicales vienen encarnados normalmente como entes de luz, criaturas de gran pureza que tienen como función principal ayudarnos a crecer como personas y alentarnos a sortear los peligros de la vida.

Aquí encontrarás relatos de intriga, miedo, humor, fantasía, magia, ciencia ficción..., una amalgama de visiones de una misma batalla. ¿Quién crees que ganará, el Diablo con sus disfraces y provocadoras tentaciones o la Divinidad con el amor y el perdón eterno por bandera?

Pues muy posiblemente ninguno de ellos... ¿Por qué? Porque una guerra que nunca acaba, no puede tener un vencedor. Uno puede ganar una pugna puntual, pero la guerra es eterna, así que siempre habrá nuevos combates que perder o ganar. Entonces, ¿en qué nos pueden ayudar estos cuentos, por qué deberíamos leerlos? Pues fundamentalmente

para divertirnos y pasarlo bien viajando, de forma mental, por los maravillosos mundos creados por escritores imprescindibles, y disfrutar del ingenio de seres malignos y criaturas bondadosas para cumplir su cometido en la historia que acontece. Y aunque la perspectiva de estos relatos no es de índole dogmática, ejemplarizante o, incluso, divulgativa (¡ni mucho menos!), lo cierto es que, aparte de pasar un gran rato, también podemos aprender algunas cosas con su lectura. Lo primero de todo: que en cada uno de nosotros está la capacidad de hacer el bien o hacer el mal, de luchar contra lo uno o contra lo otro. Hasta tenemos la oportunidad de ser indiferentes ante ambos. ¿O no es cierto que, aun siendo buenas personas, cada uno de nosotros ha hecho alguna vez algo malo? ¿Quiere decir eso que somos infernales? Ni mucho menos, quiere decir que como seres humanos comentemos errores, pero que luchamos para no volver a cometerlos. Al final, esa es nuestra lucha interna entre nuestros propios ángeles y demonios, aunque no estén presentes de forma directa (como ocurre en muchos de estos cuentos donde no vemos directamente a ángeles y/o demonios). No están, pero «sabemos» que están. No son ángeles, no son demonios. Pero lo son. Y están dentro. Dentro de cada uno de nosotros. Y cada día, en cada acción, podemos decidir si hacer caso a uno o a otro..., si ser hoy un alma buena o ente demoníaco. ¿Tú qué eliges?

Las historias que conforman esta recopilación son:

El terrorífico El demonio de la perversidad y el fantástico El ángel de lo extraño, de Edgar Allan Poe, y *La aventura del ángel y Las armas del arcángel*, de Emilia Pardo Bazán, la humorística y casi erótica *Meter al diablo en el infierno*, de Giovanni Boccaccio, la fáustica *El diablo y Tom Walker*, de Washington Irving, la demoníaca *Poseídos por demonios*, de Catherine Crowe, la tierna *El ángel*, de Hans Christian Andersen, la psi-

cológica *Una historia de siete demonios*, de Frank R. Stockton, la folclórica *La cruz del diablo*, de Gustavo Adolfo Becquer, la preciosa *Los doce apóstoles*, de Los Hermanos Grimm, la embrujada *La satanista*, de Mary Crawford Fraser, la fabulosa *El diablo y el relojero*, de Daniel Defoe y la diabólica *La Leyenda del Mont Saint Michel*, de Guy De Maupassant.

¡Que los disfrutes!

El editor

«Los ángeles son amor en movimiento. Que no se detiene nunca, que lucha para crecer, que está más allá del bien y del mal. El amor que todo devora, que todo destruye, que todo perdona. Los ángeles están hechos de ese amor y, al mismo tiempo, son sus mensajeros».

Valquirias, Paulo Coelho

«La mayoría de las veces, nuestros demonios continúan ahí, agazapados en la sombra. Acechando infatigablemente el momento en que bajemos la guardia. Y cuando el amor desaparece...».

¿Estarás ahí?, Guillaume Musso

«Podemos negar que nuestros ángeles existen. Convencernos de que no son reales. Pero de todas formas aparecen en lugares extraños. Gritarán a través de demonios si es necesario. Retándonos, desafiándonos a pelear [...] Todos tenemos un ángel, un guardián que nos protege. No podemos saber qué forma tomará. Un día es un anciano, al día siguiente es una niña. Pero no dejes que las apariencias te engañen. Pueden ser tan feroces como cualquier dragón».

De la película Sucker Punch

*En el Cielo mora un espíritu,
cuyas cuerdas del corazón son un laúd;
ninguno canta mejor, ni con tal frenesí
como el ángel Israfel,
y las estrellas vertiginosas,
así lo afirma la leyenda,
deteniendo sus himnos,
escuchan el encantamiento de su voz,
todas en silencio.*

[...]

*Y dicen que el fervor de Israfel
se debe al sortilegio de su lira,
al trémulo alambre vivo de sus cuerdas;
donde los pensamientos profundos son un deber,
donde el Amor es un Dios ya anciano,
donde los ojos de las huríes
brillan con la adorada belleza de los astros.
Tienes razón, Israfel,
en despreciar todo canto que no sea apasionado.
¡A ti los laureles, bardo el mejor
y el más sabio!
¡Larga y gozosa vida para ti!*

[...]

*¿Qué hay de extraño en que las estrellas
eternas permanezcan mudas?*

*Sí, tuyo es el Cielo,
pero este es un mundo de dulce amargura,
nuestras flores son solo flores,
y la sombra de tu inmensa beatitud
es la luz...*

[...]

*Si yo pudiese habitar en el reino de Israfel,
y él en donde yo habito,
no podría el ángel cantar una melodía terrenal,
mientras yo, en cambio, podría lanzar al firmamento
un nota más plena que esta triste canción
que brota de mi lira.*

Israfel, de Edgar Allan Poe

EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD

Edgar Allan Poe

EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD

Edgar Allan Poe

Al considerar las facultades y los impulsos de los *prima mobilia*^[1] del alma humana los frenólogos han olvidado añadir una tendencia que, aun cuando evidentemente existe como un sentimiento radical, primitivo e irreductible, también habían pasado por alto los moralistas que los prece-dieron. Por una pura arrogancia de la razón todos la hemos pasado por alto. Hemos permitido que su existencia escapa-se a nuestro conocimiento solo por falta de credulidad, de fe —bien sea una fe en la Revelación o una fe en la cábala—. Nunca se nos ha ocurrido pensar en ella, precisamente por su gratuidad. No sentimos en ningún momento que esa ten-dencia tuviese la necesidad de un impulso. Éramos incapaces de percibir su necesidad. Tampoco podíamos comprender. Es decir, aunque la noción de este *primum mobile* se hubiese introducido a la fuerza por sí misma, no podíamos enten-der de qué modo era capaz de actuar para mover los asun-tos del género humano, sean temporales o eternos. No puede negarse que la frenología y, en gran medida, todas las concepciones metafísicas, han sido concebidas a priori. El meta-físico y el lógico, más que el hombre inteligente o el observa-dor, se ponen a imaginar los designios de Dios, a transcribir

[1] Motivaciones principales.

sus propósitos. Habiendo profundizado así, a su gusto, en las intenciones de Jehová, construyen sobre ellas sus incontables sistemas conceptuales. En materia de frenología, por ejemplo, determinamos primero —como era lógico hacerlo— que entre los designios de la Divinidad estaba que el hombre comiese. Luego asignamos a este último un órgano de la alimentividad para poder nutrirse, y este órgano es el acicate con el cual la Divinidad nos obliga, por fuerza, a comer. En segundo lugar, una vez decidida por la voluntad de Dios que el hombre se encargue de propagar la especie, descubrimos de inmediato el órgano de la amatividad. Y lo mismo sucedió con la combatividad, la idealidad, la causalidad, la ingeniosidad y, en una palabra, con todos aquellos órganos que representasen una inclinación, un sentimiento moral o alguna facultad del puro intelecto.

Y en este orden de los principios relativos a la acción humana, los spurzheimistas,^[2] con razón o sin ella, parcial o totalmente, no han hecho más que seguir en principio las huellas de sus predecesores, deduciendo y estableciendo cada elemento a partir del destino preconcebido del hombre y tomando para ello como fundamento las intenciones de su Creador.

Habría sido más prudente y más seguro establecer una clasificación —si es que deberíamos hacerla— sobre los actos que el hombre hace habitual u ocasionalmente, y de los que siempre hace ocasionalmente, en vez de imbuirnos de la hipótesis de lo que Dios pretende obligarnos a hacer. Si no pode-

[2] Seguidores de Johann Gaspar Spurzheim (1776-1832), médico alemán que se convirtió en uno de los más firmes defensores de la frenología, teoría desarrollada por Franz Joseph Gall (1758-1828), según la cual se podía determinar el carácter y los rasgos de la personalidad, así como las tendencias criminales, basándose en la forma del cráneo, cabeza y facciones. En la actualidad esta teoría está catalogada de pseudocientífica y carece de validez.

mos comprender a Dios en sus obras visibles, ¿cómo seríamos capaces de entenderlo en los inconcebibles pensamientos que dan vida a sus obras? Si no somos capaces de entenderlo en sus creaciones objetivas, ¿cómo lograremos comprenderlo en sus tendencias esenciales y en sus fases de creación?

La inducción, a posteriori, habría llevado a la frenología a admitir, como si fuese un principio innato y primitivo de la acción del hombre, algo tan paradójico a lo que podemos llamar perversidad si no disponemos de algún término más ilustrativo. En este sentido que le atribuyo es, en realidad, un móvil sin motivo o un motivo no motivado. Bajo sus dictados actuamos sin un fin comprensible o, si esto se puede estimar como una contradicción en los términos, podemos modificar la proposición y decir que bajo sus dictados actuamos por la razón de que no deberíamos hacerlo. Así pues, en teoría, ninguna razón es más irrazonable. Sin embargo, en realidad no existe ninguna con más fuerza. Con ciertos espíritus y en ciertas condiciones puede llegar a ser absolutamente irresistible. Tan seguro como de que estoy vivo, sé que en la seguridad del error o el mal de un acto cualquiera, reside con frecuencia la única fuerza irresistible que nos impulsa exclusivamente a su persecución. Esta tendencia invencible a hacer el mal por el mal no admite análisis ni resoluciones en elementos sucesivos. Se trata de un impulso radical, primitivo y elemental. Estoy seguro de que se dirá que cuando persistimos en ciertos actos porque sabemos que no deberíamos hacerlos, nuestra conducta no es más que una alteración de la que usualmente provoca la combatividad de la frenología. Pero una ligera reflexión nos revela la falacia de esta idea. La combatividad frenológica lleva intrínseca la necesidad de auto-defensa. Esta es nuestra garantía contra todo quebranto. Su principio implica nuestro bienestar, y de esa manera el deseo

de estar bien es alentado al mismo tiempo que se produce su desarrollo. De todo ello deducimos que el deseo de estar bien debe ser excitado al mismo tiempo por cualquier principio que sea una mera alteración de la combatividad, pero en el caso de ese elemento que llamamos perversidad, no solo se manifiesta el deseo de estar bien, sino que además se produce un sentimiento antagónico de enorme potencia.

Si apelamos al propio corazón, hallaremos, después de todo, la mejor contestación a la sofistería que acaba de indicarse. Nadie que consulte con sinceridad a su propia alma y la someta a todas las preguntas podrá negar que esa tendencia sea absolutamente radical. No es más incomprensible que característica. No existe persona alguna a quien en algún momento no la haya atormentado, por ejemplo, un loco anhelo de torturar a su oyente con ambigüedades. El orador conoce el desagrado que causa y tiene toda su mejor voluntad de agradar. Por eso suele ser breve, preciso y claro. De su boca surge el lenguaje más lacónico e indicado. Solo con cierta dificultad refrena su salida. Teme e intenta evitar la ira de aquel a quien se dirige. Sin embargo, le llega el pensamiento de que puede originar esa ira recurriendo a ciertos incisos y ciertos paréntesis. Es suficiente este simple pensamiento. El impulso crece hasta llegar al deseo, el deseo crece hasta el anhelo, el anhelo hasta un ansia difícil de retener, y el ansia es consentida con un gran pesar y penitencia del orador, desafiando cualquier consecuencia.

Tenemos delante de nosotros una tarea por realizar que debe cumplirse con celeridad. Sabemos que cualquier demora supondría la ruina. La crisis más importante de nuestra vida exige, a golpe de tambor, una energía y una respuesta inmediatas. Ardemos de impaciencia, nos consume la ansiedad por iniciar la tarea y, en esa anticipación de su magní-

fico resultado, nuestra alma se aviva. Deberíamos acometer la tarea hoy mismo y, sin embargo, la postergamos para mañana. ¿Por qué? No hay ninguna respuesta a menos que sintamos esa actitud perversa, utilizando la palabra sin comprender el principio. Llega el día siguiente, y nos trae una ansiedad que se revela aún más impaciente por cumplir con nuestro deber, pero con este incremento real de ansiedad nos llega también un innumerable anhelo de postergarlo, que es realmente espantoso por lo impenetrable que resulta. Este anhelo va cobrando fuerzas con el paso del tiempo. La última hora para emprender cualquier acción está a nuestro alcance. Nos sacude el ímpetu del conflicto interior, de lo definido contra lo indefinido, de la sustancia contra la sombra, pero si el enfrentamiento ha llegado hasta tan lejos, la sombra será la vencedora. Lucharemos en vano. Llega la hora y doblan a difunto por nuestra felicidad. También son a la vez el canto que espanta al fantasma que nos había atemorizado. Escapa, desaparece..., somos libres. Renace la antigua energía. Trabajemos ahora. ¡Ay, es demasiado tarde!

Nos encontramos al borde de un precipicio. Miramos el abismo y sentimos malestar y vértigo. El primer impulso es retroceder ante el peligro. Pero, inexplicablemente, nos quedamos en el sitio. Poco a poco nuestro malestar, nuestro vértigo y nuestro horror se confunden entre una nube de sentimientos inexplicables. Por grados aún más imperceptibles esta nube cobra su forma, como el efluvio de la lámpara de donde salió el genio de Las mil y una noches. Pero a partir de esa nube nuestra al borde del precipicio, toma fuerza una forma mucho más horrible que cualquier genio o demonio de leyenda. Sin embargo, solo se trata de un pensamiento, aunque sea temible, de esos que nos congelan hasta el tuétano de los huesos con esa feroz delicia de su pánico. Simple-

mente se trata de la idea de lo que serían nuestras sensaciones durante la veloz caída desde semejante altura. Y esa caída, esa aniquilación radical, por el simple motivo de que implica la más espantosa y la más abominable de las más espantosas y abominables imágenes de la muerte y el sufrimiento que jamás hayan pasado por nuestra imaginación, la deseamos con mayor fuerza por esa simple razón. Y ya que nuestra razón nos aparta del abismo con violencia, es motivo más que suficiente para que nos aproximemos a él con más ardor. No existe en la naturaleza pasión de una impaciencia tan diabólica como la de aquel que, temblando al borde de un abismo, piensa lanzarse a él.

Entregarse por un solo momento a cualquier deseo de pensamiento significa la perdición inevitable, pues la reflexión nos impulsa a no hacerlo, y precisamente por eso, digo que no debemos hacerlo. Si no hay un brazo amigo que nos detenga, o si fracasamos en el repentino esfuerzo de echarnos atrás, nos arrojamos a él y nos destruimos.

Examinemos como más nos plazca estas acciones y otras parecidas, y descubriremos que resultan tan solo del espíritu de la perversidad. Las perpetramos solo porque sentimos que no deberíamos perpetrarlas. Más cerca o más allá de todo esto no existe un principio inteligible; y ciertamente podríamos considerar su perversidad como una provocación directa del demonio si no supiésemos que en algunas ocasiones actúa amparando el bien.

Me he alargado tanto para responder hasta cierto punto a vuestra pregunta, para explicaros por qué estoy aquí, para mostraros algo que supondrá, al menos, una débil muestra de justificación de estos hierros que arrastro y de esta celda de condenado en que vivo. De no haber sido tan minucioso, o no me habríais interpretado mal o, como la chusma, me con-

sideraríais un loco. Ahora, en cambio, advertiréis con facilidad que soy una de las innumerables víctimas del demonio de la perversidad.

Es imposible que acto alguno haya sido preparado con una deliberación más conseguida. Durante semanas, meses enteros, medité sobre la manera de llevar a cabo el asesinato. Rechacé mil planes porque la realización de cada uno de ellos implicaba una probabilidad de ser descubierto. Por fin, leyendo un día unas memorias francesas, me encontré con la narración de una enfermedad casi mortal que padeció madame Pilau por causa de una vela envenenada accidentalmente. La idea iluminó mi imaginación de repente. Sabía que mi víctima solía leer en la cama. También estaba al corriente de que su cuarto era pequeño y estaba mal ventilado. Pero no necesito fatigaros con detalles que no vienen al caso. No es necesario describir los fáciles artificios por medio de los cuales cambié, en el candelabro de su cuarto, la vela de cera que allí se encontraba por otra de mi propia fabricación. A la mañana siguiente lo hallaron muerto en su cama, y el veredicto del médico forense fue: «Muerte súbita».

Heredé su fortuna y todo me fue bien durante varios años. Nunca, ni una sola vez, pasó por mi mente la idea de ser descubierto. Yo mismo hice desaparecer con el mayor cuidado los restos de la inevitable vela. No dejé huellas o pistas por las cuales fuese posible acusarme ni hacerme sospechoso de mi crimen. No es posible imaginar el profundo sentimiento de satisfacción que surgía de mi interior cuando pensaba en mi absoluta seguridad. Durante bastante tiempo me acostumbré a deleitarme con este sentimiento, que me proporcionaba un placer más auténtico que las ventajas, simplemente materiales, que se derivaban de mi crimen. Pero le sucedió en el tiempo, al fin, otra época en la que, poco a poco, el sen-

timiento agradable tornó a convertirse en un pensamiento obsesivo y torturador. Me atormentaba porque me obsesionaba. Ni siquiera podía librarme de él durante unos segundos. Con cierta frecuencia nos suele fastidiar el oído, o más bien la memoria, el machacón estribillo de alguna cancioncilla vulgar o ciertos fragmentos insignificantes de una ópera. El tormento no sería menor aunque la canción en sí misma fuese de calidad o el fragmento de ópera meritorio. Así fue cómo terminé pensando permanentemente en mi seguridad y repitiendo en voz muy baja la frase: «Estoy a salvo».

Cierto día, paseando por la calle sin rumbo, me detuve al darme cuenta de que estaba murmurando, casi en voz alta, las palabras acostumbradas. En un ataque de vanidad les di esta nueva forma: «Estoy a salvo, estoy a salvo a menos que sea lo bastante tonto como para hacer una confesión por mi cuenta».

Nada más pronunciar estas palabras, sentí que un frío helado penetraba en mi corazón. Ya tenía alguna experiencia en estos ataques de perversidad —cuya naturaleza ya he explicado, no sin cierto esfuerzo— y recordaba que nunca había resistido con éxito sus embestidas. Y ahora la casual insinuación de que podía ser lo bastante tonto como para confesar el asesinato del que era culpable surgía ante mí, como si fuese el verdadero espectro de aquel que había asesinado y me hacía una invitación a caminar hacia la muerte.

Al principio me esforcé por ahuyentar esa pesadilla de mi alma. Caminé con energía, ¡más rápido, cada vez más rápido!, para terminar corriendo. Sentía un loco deseo de gritar con todas mis fuerzas. Cada momento que pasaba me abrumaba de terror, pues, ¡ay!, yo sabía bien, demasiado bien, que pensar en mi situación en aquel estado, suponía perderme con seguridad. Aceleré todavía más el ritmo. Salté como un

poseo atravesando las calles atestadas. Finalmente la gente se alarmó y terminó por perseguirme. Sentí entonces cómo se consumaba mi destino. Si hubiese podido arrancarme la lengua, lo habría hecho. Pero una tosca voz llegó a mis oídos y una mano aún más ruda me aprehendió por el hombro. Me volví y abrí la boca para retomar aliento. Durante un breve momento experimenté todas las angustias de la asfixia. Me encontraba ciego, sordo y aturdido. Y entonces algún demonio invisible, pensé, me golpeó en la espalda con su ancha mano. El secreto tanto tiempo guardado, irrumpió de mi alma con un estallido.

Dicen que hablé pronunciando con claridad, pero con un marcado énfasis y una celeridad apasionada, como si temiera alguna interrupción antes de concluir las breves pero trascendentes palabras que me entregaban al verdugo y al infierno.

Después de relatar todo cuanto era necesario para demostrar mi culpabilidad plenamente, caí al suelo, desmayándome.

Pero ¿para qué decir más? ¡Hoy arrastro estas cadenas y estoy aquí! ¡Mañana estaré libre de ellas! Pero... ¿dónde?

LA AVENTURA DEL ÁNGEL

Emilia Pardo Bazán

LA AVENTURA DEL ÁNGEL

Emilia Pardo Bazán

Por falta menos grave que la de Luzbel, que no alcanzó proporciones de «caída», un ángel fue condenado a pena de destierro en el mundo. Tenía que cumplirla por espacio de un año, lo cual supone una inmensa suma de pérdida de felicidad; un año de beatitud es un infinito de goces y bienes que no pueden vislumbrar ni remotamente nuestros sentidos groseros y nuestra mezquina imaginación. Sin embargo, el ángel, sumiso y pesaroso de su yerro, no chistó; bajó los ojos, abrió las alas, y con vuelo pausado y seguro descendió a nuestro planeta.

Lo primero que sintió al poner en él los pies fue la dolorosa impresión de soledad y aislamiento. A nadie conocía, y nadie le conocía a él tampoco bajo la forma humana que se había visto precisado a adoptar. Y se le hacía pesado e intolerable, pues los ángeles ni son hoscos ni huraños, sino sociables en grado sumo, como que rara vez andan solos, y se juntan y acompañan y amigan para cantar himnos de gloria a Dios, para agruparse al pie de su trono y hasta para recorrer las amenidades del Paraíso; además están organizados en milicias y los une la estrecha solidaridad de los hermanos de armas.

Aburrido de ver pasar caras desconocidas y gente indifferente, el ángel, la tarde del primer día de su castigo, salió de una gran ciudad, se sentó a la orilla del camino, sobre una piedra miliaria, y alzó los ojos hacia el firmamento que le ocultaba su patria, y que estaba a la sazón teñido de un verde luminoso, ligeramente franjeado de naranja a la parte del Poniente. El desterrado gimió, pensando cómo podría volver a la deleitosa morada de sus hermanos; pero sabía que una orden divina no se revoca fácilmente, y entre la melancolía del crepúsculo apoyó en las manos la cabeza, y lloró hermosas lágrimas de contrición, pues aparte del dolor del castigo, le pesaba haber ofendido a Dios por ser quien es, y por lo mucho que le amaba. Ya he cuidado de advertir que, a pesar de su desliz, este ángel era un ángel bastante bueno.

Apenas se calmó su aflicción, se le ocurrió mirar hacia el suelo, y vio que donde habían caído gotas de su llanto, nacían y crecían y abrían sus cálices con increíble celeridad muchas flores blancas, de las que llaman margaritas, pero que tenían los pétalos de finas perlas y el corazón de oro. El ángel se inclinó, recogió una por una las maravillosas flores y las guardó cuidadosamente en un pliegue de su manto. Al bajarse para la recolección distinguió en el suelo un objeto blanco —un pedazo de papel, un trozo de periódico—. Lo tomó también y empezó a leerlo, porque el ángel de mi cuento no era ningún ignorante a quien le estorbase lo negro sobre lo blanco; y con gozo profundo vio que ocupaban una columna del periódico ciertos desiguales renglones, bajo este epígrafe: A un ángel.

¡A un ángel! ¡Qué coincidencia! Leyó afanosamente y, por el contexto de la poesía, dedujo que el ángel vivía en la Tierra y habitaba una casa en la ciudad, cuyas señas daba minuciosamente el poeta, describiendo la reja de la ventana tapizada

de jazmín, la tapia del jardín de donde se desbordaban las enredaderas y los rosales, y hasta el recodo de la calle, con la torre de la iglesia a la vuelta.

«Alguno de mis hermanos —pensó el desterrado— ha cometido, sin duda, otro delito igual al mío y le han aplicado la misma pena que a mí. ¡Qué consuelo tan grande recibirá su alma cuando me vea! ¡Qué felicidad la suya, y también la mía, al encontrar un compañero! Y no puedo dudar que lo es. La poesía lo dice bien claro: que ha bajado del cielo, que está aquí en el mundo, por casualidad, y teme el poeta que se vuelva el día menos pensado a su patria... ¡Oh ventura! A buscarle inmediatamente».

Dicho y hecho. El ángel se dirigió hacia la ciudad. No sabía en qué barrio podría vivir su hermano; pero estaba seguro de acertar pronto. Hasta suponía que de la casa habitada por el ángel se exhalaría un perfume peculiar que delatase su celestial presencia. Empezó, pues, a recorrer calles y callejuelas. La luna brillaba, y a su luz clarísima el ángel podía examinar las rejas y las tapias, y ver por cuál de ellas se enramaba el jazmín y se desbordaban las rosas.

Al fin, en una calle muy solitaria, un aroma que traía la brisa hizo latir fuertemente el corazón del ángel; no olía a gloria, pero sí olía a jazmín; y el perfume era embriagador y sutil, como un pensamiento amoroso. A la vez que percibía el perfume, divisó tras los hierros de una reja una cara muy bonita, muy bonita, rodeada de una aureola de pelo oscuro... No cabía duda: aquel era el otro ángel desterrado, el que debía aliviarle la pena de la soledad. Se acercó a la reja trémulo de emoción.

No archivan las historias el traslado fiel de lo que platicaron al través de los hierros el ángel verdadero y el supuesto ángel,

que escondía su faz entre el follaje menudo y las pálidas flores del fragante jazmín. Sin duda desde el primer momento, sin más explicaciones, se convino en que, efectivamente, era un ángel la criatura resguardada por la reja; habituada a oírsele llamar en verso, no extrañó que una vez más se le atribuyese en prosa naturaleza angélica. Así es como los ripios falsean el juicio, y los poetas chirles hacen más daño que la langosta.

Lo que también comprendió el ángel desterrado fue que el otro ángel era doblemente desdichado que él, pues se quejaba de no poder salir de allí, de que le guardaban y vigilaban mucho, de que le tenían sujeto entre cuatro paredes y de que su único desahogo era asomarse a aquella reja a respirar el aire nocturno y a echar un ratito de parrafeo. El desterrado prometió acudir fielmente todas las noches a dar este consuelo al recluso, y tan a gusto cumplió su promesa que desde entonces lo único que le pareció largo fue el día, mientras no llegaba la grata hora del coloquio.

Cada noche se prolongaba más y, por último, solo cuando blanqueaba el alba y se apagaban las dulces estrellas se retiraba de la reja el ángel, tan dichoso y anegado en bienestar sin límites, como si nadase todavía en la luz del empíreo y le asistiese la perfecta bienaventuranza. Sin embargo, el recluso iba mostrándose descontento y exigente. Sacando los dedos por la reja y cogiendo los de su amigo, preguntábale, con asomos de mal humor, cuándo pensaba libertarle de aquel cautiverio.

El ángel, para entretenerle, fue regalándole las margaritas de corazón de oro y pétalos de perlas; hasta que, muy estrechado ya, hubo de decir que sin duda el encierro era disposición de Dios, y que no se debían contrariar sus decretos santos. Una carcajada burlona fue la respuesta del encerrado, y a la otra noche, al acudir a la reja, el ángel vio con sorpresa que por la puertecilla del jardín salía una figura velada

y tapada, que un brazo se cogía de su brazo y una voz dulce, apasionada y melodiosa le decía al oído... «Ya somos libres... Llévame contigo..., escapemos pronto, no sea que me echen de menos».

El ángel, sobrecogido, no acertó a responder; apretó el paso y huyeron, no solo de la calle, sino de la ciudad, refugiándose en el monte. La noche era deliciosa, del mes de mayo; descansaron al pie de un árbol frondoso; él, saboreando plácidamente, como ángel que era, la dicha de estar juntos; ella —porque ya habrán sospechado los lectores que se trataba de una mujer—, nerviosa, sardónica, soltando lagrimitas y haciendo desplantes.

No podía explicarse —ahora que ya no se interponía entre ellos la reja— cómo su compañero de escapatoria no se mostraba más vehemente, cómo no formaba planes de vida, cómo no hablaba de matrimonio y otros temas de indiscutible actualidad. Nada; allí se mantenía tan sereno, tan contento al parecer, extasiado, sonriendo, abrigándola con su manto de anchos pliegues y mirando al cielo, lo mismo que si de la luna fuese a caerle en la boca algún bollo. La mujer, que empezó por extrañarse, acabó por indignarse y enfurecerse; se alejó algunos pasos, y como el ángel preguntase afectuosamente la causa del desvío, alzó la mano de súbito y descargó en la hermosa mejilla angélica solemne y estruendoso bofetón..., después de lo cual rompió a correr en dirección de la ciudad como una loca. Y el abandonado, sin sentir el dolor ni la afrenta, murmuraba tristemente:

—¡El poeta mentía! ¡No era un ángel! ¡No era un ángel!

Al decir esto vio abrirse las nubes y bajar una legión de ángeles, pero de ángeles reales y efectivos, que le rodearon gozosos. Estaba perdonado, había vencido la mayor tenta-

ción, que es la de la mujer, y Dios le alzaba el destierro. Mezclándose al coro luminoso, ascendió el ángel al cielo entre resplandores de gloria; pero el ascender, volvía la cabeza atrás para mirar a la Tierra a hurtadillas, y un suspiro hinchaba y oprimía su corazón. Allí se le quedaba un sueño... ¡Y olía tan bien el jazmín de la reja!

METER AL DIABLO EN EL INFIERNO

Giovanni Boccaccio

Fin de la edición promocional